

ACOTACIONES

EL CIEMPIÉS CRIOLLO

A caso el verdadero, el esencial problema de la política — de la política en serio — sea dar, en cada momento del tiempo y en cada lugar del espacio, con las instituciones que menos dificulten el progresivo desarrollo de los pueblos y acertar, asimismo, con las leyes que mejor encaucen el constante crecimiento colectivo. Es que la tarea primordial de la política consiste en *no estorbar*.

Varias veces este sucinto comentario ha asomado a los puntos de la pluma al contemplar el escenario argentino y, especialmente, las periódicas bregas electorales que aquí se libran.

En efecto: basta echar a lo circunstante una rápida ojeada para advertir la serie de grupos y subgrupos que con sus trajes multicolores — y no es metáfora — hacíanse desde el primer término de las candilejas hasta el telón de fondo. Partidos grandes con poderosos medios de lucha. Agrupaciones pequeñas con armas diminutas y nada eficaces. Conglomerados heterogéneos de formación accidental y transitoria... Por todas partes grupos y subgrupos.

Frente a esta realidad seccionada y variadísima aparece el Parlamento a la manera de un espejo roto que sólo reflejase parcialmente lo que ante él se colocara. Pero del Poder Legislativo, hoy, no queremos hablar; queremos hablar de la ley que nos lo brinda así, tal cual es: tan deforme, tan anémico, tan inútil.

Porque esa ley aparenta desconocer lo que ocurre ahí fuera; esa ley acuerda únicamente entrada, en cada distrito, a candidatos de dos fracciones. De dos fracciones y no más: la mayoría y la minoría. Y aún en proporción rígida y preestablecida; una proporción de dos tercios y un tercio que las mismas cifras de los correspondientes escrutinios — con las cuales no aburriríamos al lector — se encargan de poner en solfa.

La cuestión es por cierto, angustiosa al concretarse en un desalentador dilema: hay que ser "minoría" cuando menos... ó sino, "no ser". Los partidos nacientes pueden, en consecuencia, prepararse a bien morir. No hay posibilidad de aguantar en pie ni aún con ese oxígeno artificial del dinero, del alcohol, de la taba y del asado con cuero que suelen utilizar tan a maravilla los piratas de la democracia.

Semejante estado de cosas débese, como es notorio, al criterio anticuado con que se planeó el presente sistema electoral, puesto en vigor durante la presidencia de Sáenz-Peña (1912). Se pensó entonces que convenía provocar la organización permanente de dos fuertes entidades que remedasen aquella parodia europea del 'turno

pacífico": el muñeco habría de ser bípodo; bípodo a todo trance. Mas la vida, que es desborde y que por eso no entiende de ficciones ni se para en vallas ni en obstáculos, irrumpió frenética, y aconteció lo que en Inglaterra y en España: que el antiguo muñeco bípodo de mecanismo har-to simple se convirtió, según la frase de cierto periodista madrileño, en un colosal ciempiés.

La comparación antójase exacta en nuestra República ya que conservadores, radicales y socialistas están hondamente divididos, si bien — por mera conveniencia — se ocultan, a veces, las escisiones... que nadie ignora.

La vida moderna es muy compleja y muy intrincada; su símbolo no será nunca la pretensa "congregación" que alguien invoca para que sirva de nexo a partidos más o menos afines; congregación ilusoria,

ficticia, que casi siempre se exterioriza con estériles posturas negativas: "anticonservadorismo", "antiradicalismo"... Su símbolo, como lo demuestran los países más civilizados es la "disgregación" que tiende a diferenciar a cada nación en el mundo, a cada comarca en la nación, a cada ciudad en la comarca, a cada hombre en la ciudad. Esa *disgregación* es la que impone una institución más moderna y es la que exige una ley que mejor encarrile el pujante adelanto social; impone el régimen parlamentario de gobierno y exige el sistema proporcional de elecciones.

La celda actual, reducida y chata, no permite que el ciempiés criollo camine libremente. Le *estorba* la celda estrecha que para él es prisión, y no ha de tardar en reemplazarla con otra más amplia. Esperemos, pues.

Jorge David REQUENA.



UN GRAN PARTIDO INTERNACIONAL

¿QUÉ ES EL "PANGLOSSISMO"?

Como han advertido muy sutilmente los novecentistas (1), cruzamos una época de honda renovación social, filosófica y política. Tras la guerra y la consiguiente "revisión de valores", el mundo se está definiendo en tres bandos. (No se puede definir en más ni en menos, porque todas las clasificaciones son siempre tres: 1.º, 2.º y 3.º; presente, pasado y futuro; epicarpio, mesocarpio y endocarpio; longitud, latitud y profundidad; el marido, la mujer y el amante; etc., etc., y etc.). Los bandos son: bolshévikis, democráticos y reaccionarios. De los primeros y los últimos no vamos a tratar aquí, porque no sientan a nuestra salud los aires de Martín García.

Hablemos, pues, de los democráticos — la porción más numerosa y universal de las ciudades — que acaban de constituir el gran "Partido Panglossista Internacional", de cuyo programa nos vamos a ocupar en seguida.

El democrático se califica a sí mismo como "amante del orden, de la libertad y de la patria; defensor de la constitución y de las instituciones públicas; sostén de los principios morales y económicos que rigen a la presente sociedad y enemigo jurado de todo cambio o reforma al actual estado de cosas". Declárase, también, partidario de la civilización, del progreso y de la justicia, pero bien entendidos. (Lo subrayado tiene más importancia de la que supone el lector).

Por la amplitud de sus miras y lo abstracto de sus propósitos, se colige fácilmente el éxito del nuevo partido. En Francia todas las agrupaciones políticas del centro, los moderados y los oportunistas se han adherido en masa. Lo propio ha ocurrido en diferentes países. Aquí — viniendo de París la iniciativa — se van a hacer todos panglossistas.

La denominación de la flamante entidad es un homenaje a la memoria del más ilustre de los filósofos optimistas: el Dr. Pangloss, cuya famosa sentencia "tout va le mieux du monde dans le meilleur des mondes possibles" (2) es la divisa del partido. Arguyen por ahí que Pangloss, profesor de metafísico-teólogo-cosmólogo-nigolología, no ha existido nunca. Pero lo mismo se ha dicho de Moisés, de Homero y de Jesús. Aún entre nosotros se ha querido negar la existencia de Garibaldi (recuérdese la demoleadora frase: "no lo he visto a Garibaldi"). No hay que hacer caso. Eso ocurre con todos los hombres célebres, porque el vulgo, además de ignorar, es incrédulo.

Y vamos al programa. Los panglossianos combaten a la revolución y a la reacción. "Ni anarquía — dicen — ni absolutismo". Ni Lenin ni el Zar. Glosando a cierto personaje de "La Biblia en verso" declaran que con lo que tenemos, basta.

Lo esencial es la conservación del orden. Es esencialísimo. Hay que mantener el orden de cualquier manera, como se pueda.

(1) Para la definición del "novecentismo", véase "El macedonio a principios del siglo XX", obra en preparación.

(2) Algunos eruditos dan como la verdadera esta variante: "Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles". Es lo mismo, porque "plus ça change, plus c'est la même chose".

A cañonazos, si es menester; provocando otra guerra más sangrienta aún que la pasada. Aunque se llene la tierra de cadáveres; aunque perezca el último mono. ¡Primero el orden! ¡Sálvense los principios!...

Se debe defender en igual forma a la libertad. Espíritus pesimistas y gentes de poca fe niegan que exista libertad alguna. Los panglossistas vienen a probarlos lo contrario. Existe libertad en todo estado democrático: Libertad de comercio, libertad de prensa, etc. Todo ciudadano tiene perfecto derecho a comprar, por ejemplo, harina a 10 centavos la arroba y vender pan a 3 pesos el kilo. Tiene libertad para hacer lo mismo con la carne, la leche, el azúcar. Tiene libertad para acaparar el aceite, la fruta, las papas... Además tiene la libertad de irse, si no le gusta el régimen. Tiene perfecta libertad para emitir libremente en cualquier periódico las ideas que se le impongan. Y si se le antoja hacer lo contrario, le resta la libertad de ir a la cárcel o de pegarse un tiro, o de cualquier cosa, en fin. ¿Se quiere más libertad?...

La sociedad está maravillosamente constituida. Ha llegado a su máximo desarrollo. No puede estar mejor. Más aún: es un delito horrible suponer cualquier reforma. ¿Para qué? En el actual régimen social el individuo tiene todos los medios a su alcance para escalar los más altos puestos. Cualquiera puede llegar a rico si tiene para ello inteligencia, perseverancia y una ganzúa.

Claro está que hay descontentos. ¡Los de siempre! Gentes que no salen nunca de pobres y de todo se lamentan. Que no tienen trabajo, que se mueren de hambre, que son víctimas de la más inicua explotación. ¡Buena! ¡Y con eso!... Precisamente uno de los principios científicos más sólidos en que se basa el panglossismo estriba en esta desigualdad impuesta por la naturaleza. Porque (como lo sabe muy bien cualquier neo-darwiniano o neo-lamarckiano por el estilo de Haeckel, Le Dantec, Bagehot, etc.), la naturaleza ha creado la riqueza, la miseria, el peso m/n., la libra esterlina, los conventillos y el Plaza Hotel.

El nuevo partido proclama como el mejor nexo para aunar voluntades a la patria. Lo mismo podía proclamar a la religión, si no fuera una cosa ya gastada. El patriotismo es el argumento sucedáneo, y si dura tanto como el religioso — unos 2,000 años — no hay más que hablar: ¡una papa! Y en caso de no dar resultado la patria como bandera de combate, ahí está la familia, la civilización, la humanidad o la carabina de Ambrosio.

Lamentamos mucho que la carencia de espacio no nos permita dar del panglossismo todas las minucias de detalle que el asunto exige. Pero creemos que con lo expuesto comprenderá el lector la importancia del gran partido. Y decimos grande, no tan sólo por la calidad de sus ideales, sino que también por el número de sus componentes. Que serán muchos, porque como dijo un compatriota del doctor Pangloss: "les sots depuis Adam sont en majorité".

Modesto CERO (hijo)

Caá Cati, septiembre de 1919.

El estreno de "Los Héroes"

por Adolfo Casabianca

TRAS un largo período de gestación y madurez, ha llegado al escenario del Colón la ópera "Los Héroes" del señor Arturo Berutti, aquella obra que encargara la Comisión del Centenario en 1910, y que pagara antiepidémicamente con esa prodigalidad que caracteriza los festejos patrióticos de entonces.

Se trata de una producción del más "hecho" de nuestros músicos, que ha consagrado su vida a la creación del drama lírico nacional, que hace cuarenta años tuvo ya el juicio de la crítica europea, y el único profesional, además, que figura hoy en la heterogénea y pintoresca "Comisión Asesora del Teatro Colón".

Estos antecedentes del señor Berutti, a los que no podemos sustraernos, nos obligan a calar más severas gafas, ya que no se trata de un autor novel que necesita el aliento de una palabra de estímulo, sino de un hombre perfectamente responsable del fracaso de su producción; porque "Los Héroes" ha constituido un fracaso en nuestro teatro lírico. Ha fracasado el libro, y ha fracasado el comentario musical.

Vamos a la obra: Nos encontramos, una vez más, en presencia de un drama histórico, inspirado en la epopeya sudamericana que aparece sorprendida en su momento más significativo: el paso de los Andes por el ejército libertador. Y ante su representación nos ratificamos en nuestro concepto de que ese período de la historia nacional no puede dar nunca tema para el teatro, mientras se use de un sistema tan primitivo como es el de tomar los sucesos en su más eruda desnudez. La evocación histórica es sustituida por la caricatura risible. No de otro modo hemos de juzgar a esas comparas vistiendo uniformes arbitrarios, que desfilan de dos en fondo, en enormes batallones de diez o doce plazas y que simbolizan el ejército de los Andes.

El concepto del drama histórico no se discute ya. Podrá ser todo lo histórico que se quiera, pero debe ser drama. Debe haber allí pasiones que se agiten y personajes que sientan y, a través de ellos, debe verse el momento histórico evocado. Principio éste, elemental, del que ha hecho caso omiso el autor, que es quien ha sugerido al libretista el asunto de su obra.

Grave error ha sido la elección del asunto y, cometido éste y trazada la obra, ha sido necesario añadir un incidente amoroso, y lo llamamos deliberadamente incidente, pues fuera ridículo llamarlo pasión, que era lo que correspondía. En este momento lírico, a la falta de imaginación, se ha sumado la falta de habilidad, pues de un encuentro casual y sin ningún viso de verdad, se hace surgir "por arte de encantamiento", un idilio, idilio que en ningún momento interesa y que sólo sirve para dar lugar al acto tercero, sin disputa el más monótono y menos inspirado, si es que alguno puede ser menos inspirado que los demás.

Resulta, pues, que con un elemento histórico completamente objetivo, y un elemento sentimental pueril y falso, no puede haber en escena personajes interesantes. Así son ellos débiles, episódicos, sin que se destaque un sólo protagonista, no sólo porque no puede haberle cuando no hay un motivo ni una idea que sostener, sino porque la inhabilidad ha sido aquí palmaria. No se ha cuidado, siquiera, el precepto técnico que enseña presentar los personajes en un parlamento o en una escena intensa, que evidencie su psiquis de un modo definitivo. Sólo advertimos en el drama un

único valor teatral, el de "la loca de la Guardia", valor que no logra aquilatarse hasta las escenas finales, pues el autor no ha hecho nada de su parte por mostrarlo. Sobre este personaje debió gravitar toda la obra, en lugar de diluirse en figuras secundarias. Es una nota llena de color en el anecdótico de la epopeya; es la simbólica encarnación de ese entusiasmo bélico, rayano en la locura, del ejército patriota, cebado ya con sangre de victoria; es el pueblo triunfador, cuya alegría desborda a torrentes; es la idea de libertad que estalla en los pechos oprimidos. ¡Lástima grande que el señor Berutti haya ignorado todo esto!...

Con semejante total ausencia de valores pasionales, el comentario musical tenía necesariamente que fracasar.

El drama lírico moderno asigna a la música el papel, hermoso por cierto, de sugerir al espectador aquellos conflictos subjetivos, o de evocar aquellas ideas para las cuales la declamación es insuficiente. Y "Los Héroes" no ofrecen argumento para ese subrayado musical. No encontramos drama subjetivo; pocas palabras bastan para definir la situación de cualquiera de los personajes, y, en cuanto a ideas que sea necesario evocar, sólo hallamos una, y que el autor no ha logrado hacérsela sentir. Es el Paso de los Andes, en el cual se ha añadido, al desfile carnavalesco de generales y soldados de utilería — entre montañas de papel pintado —, una marcha de saltimbanquis, infantil y rudimentaria en su ritmo y en su armonización, a la que no han dado magnificencia ni los compases del Himno Nacional que hace frecuentes incursiones en la partitura.

La música no tiene ninguno de los caracteres del drama lírico, ni clásico, ni romántico, ni moderno. Estamos entre Bellini y Meyerbeer, con acompañamiento de cuerdas para las melodías de los cantantes y efectos de sonoridad con recursos de alumno de conservatorio, en los que se hace absoluta prescindencia de las maderas y los cuerdas como elementos con vida propia en la orquesta. Pero para llegar a Meyerbeer o a Bellini, ha faltado la inspiración que no asoma en ningún momento, ni en el Te-Deum del prólogo, ni en la nota patriótica, ni en las escenas alegres de los bailes, ni en los dúos de amor. Todo es música trabajada a martillo, rebuseada y fría, sin eludir el recuerdo de las melodías conocidas ni los recursos usados por los italianos contemporáneos. Como un momento feliz en la quietud reinante en la partitura, señalaremos la plegaria que entona en el segundo acto Manuela, la esposa criolla del gobernante español, en la que hay sinceridad y hasta buen gusto.

La escena más completa es, sin duda, la de la zamacueca chilena, aún cuando la melodía popular no logre destacarse y se haya malogrado, por una deficiente combinación de sonoridades, el efecto de las dos voces, ya en tercetas, o modulada la segunda sobre la inversión del acorde fundamental de la primera, efecto que es característico en estas músicas.

"Los Héroes" señalan un paso atrás en nuestro teatro, regresión injustificable en un momento en que los compositores de la guardia joven luchan por señalar rumbos fijos a este arte en formación. Y lamentamos acusar de ello a un músico experimentado que no debía su producción de madurez, meditada y pulida, capaz de compendiar una vida consagrada a la lucha por un ideal no realizado.

No hemos de terminar esta crónica sin hacer notar que la compañía del Colón ha realizado un loable esfuerzo poniendo en escena la obra en forma magnífica, bajo una dirección orquestal irreprochable, con una "mise en scene" vistosa y cuidada y con un cuadro de

intérpretes que, salvo ciertas fallas que no siempre es posible evitar, fué superior a lo exiguo de sus papeles.

La quincena parlamentaria

por Mario Bravo

EL Congreso está a punto de tratar dos asuntos de la más alta importancia política y social: la reforma de la ley de expulsión de extranjeros, para volver hacia las normas constitucionales en cuanto a los derechos de los habitantes del territorio de la nación, y la aplicación de las cifras del censo de



1914 a la representación popular en la Cámara de Diputados para acercarse a la forma representativa de gobierno.

Nadie ignora que existe una ley conocida con el nombre de ley de residencia, que es una ley de expulsión de extranjeros. Lo que no se sabe todavía lo suficiente es el mecanismo de la ley, las facultades que confiere al Presidente de la República y los abusos y arbitrariedades que se cometen a su amparo.

La ley pone en manos del Presidente la facultad de expulsar del país a cualquier extranjero que, a juicio suyo, sea peligroso para la seguridad nacional o para el orden público. El Presidente ejercita esta facultad de acuerdo con los informes que le suministra la policía. La policía suministra al Presidente los informes de acuerdo con el momento, con las exigencias de "la opinión", con la paz social... Durante algún tiempo el Presidente de la República asumía la responsabilidad legal de decretar como Poder Ejecutivo, la expulsión. Pero en esta presidencia, no ocurre así. Parece que el señor Presidente es personalmente adversario de la ley de residencia, la considera inconstitucional, la reputa contraria a los sanos intereses sociales del país. De esto podría deducirse que la ley no se aplica. No, precisamente. La ley no se aplica por su mecanismo legal, es decir, por el Presidente de la República. Se aplica por intermedio de la policía. La policía encuentra que un extranjero es peligroso, lo detiene, lo embarca... y el asunto está concluido. ¡Es de imaginarse a cuantas malas cosas se presta este irresponsable juego con la violencia legal! Pero ha venido a descubrirse tan anómala situación gracias a la intervención privada y a la acción de los jueces. Centenares de hombres estaban, y siguen algunos aún, en Martín García a punto de ser exportados. Las familias suplicaban, gemían, imploraban. Era inútil. Hay orden de expulsión. El hombre es muy peligroso. Ha escrito un artículo sobre "Importancia del gobierno de los soviets", o sobre "Necesidad de una transformación en la República", o sobre "Qué es la revolución social". En la imposibilidad de obtener gracia, ya que la facultad de indulto puesta por la Constitución en manos del Presidente se ejerce sólo en favor de los ladrones, de los asesinos, de los estafadores, etc., las familias de los "peligrosos" acudieron a los jueces federales reclamando la libertad por el recurso de "habeas corpus".

La primera medida del juez consistía en pe-

dir a la policía que suministrase un informe sobre la detención. La policía contestaba: "el sujeto de referencia está a disposición de la Prefectura de Puertos". Oficio a la Prefectura de Puertos. Esta contestaba: "El individuo Fulano de Tal se encuentra a disposición del Ministerio de Marina". Oficio al Ministerio de Marina. El Ministerio de Marina contestaba: "El extranjero peligroso, Fulano, se halla detenido en la Isla de Martín García por orden del Ministerio del Interior". Oficio al Ministerio del Interior. El Ministerio del Interior contesta: "El sujeto Fulano se encuentra en Martín García para ser deportado por disposición de la policía". Nuevo oficio a la policía y ésta responde: "El sujeto Fulano de Tal, prontuario número tal, clasificado como agitador peligroso, ha sido deportado por resolución del Poder Ejecutivo". Oficio nuevamente al Ministerio del Interior pidiendo el decreto del Poder Ejecutivo ordenando la deportación. Este oficio no tiene contestación. No hay tal decreto del Poder Ejecutivo. El Presidente de la República es adversario irreductible de la ley y primero se ha de cortar la mano antes que firmar un decreto. Pero sus subalternos, a su amparo, disponen de la vida de los extranjeros como se les da la gana.

Los jueces han concluido por ordenar la libertad de los extranjeros, y han conseguido muchos padres de familia reintegrarse a sus hogares.

Todo este trámite de gobierno se ha hecho en reserva. Un buen día la policía de investigaciones detiene a un extranjero. No se tiene ninguna noticia de su existencia hasta que ha salido del país. Se ignora la causa de su deportación; los hechos que se le imputan pueden ser falsos, y no tiene derecho para demostrarlo; puede ser víctima de una arbitrariedad, de una felonía, de una combinación patronal; no hay recurso para defenderse.

Así lo ha comprendido la comisión de negocios constitucionales de la Cámara, que ha proyectado la reforma de la ley de residencia. Si esa reforma llega a sancionarse, lo que puede esperarse dado que está patrocinada por diputados pertenecientes a todos los sectores de la Cámara, se implantará un nuevo procedimiento para la aplicación de la ley, en miras de garantizar la libertad individual y evitar los manejos clandestinos de quienes obran por intereses burocráticos o patronales o de otro orden.

- La reforma establece:
- 1.º La orden de expulsión no será dictada por el Presidente de la República, sino por los jueces.
 - 2.º Los jueces no pueden decretar por su sola voluntad una expulsión, sino que deben ser requeridos a ello por la autoridad policial;
 - 3.º La autoridad policial deberá informar al juez de las causas que fundamentan el pedido;
 - 4.º El juez tiene libertad absoluta para apreciar si los hechos en que se funda el pedido de expulsión, tienen o no suficiente mérito para que la expulsión se decrete;
 - 5.º El extranjero sometido a este procedimiento puede defenderse;
 - 6.º Los juicios que se tramiten con este motivo son públicos y orales;
 - 7.º Los procesados pueden pedir diligencias de prueba para demostrar la falsedad de los hechos que se les imputan;
 - 8.º Los jueces pueden también, aunque las partes no lo pidan, decretar diligencias de prueba;
 - 9.º La expulsión decretada por el juez, puede ser objeto de una apelación ante las Cámaras Federales;

10.º El procesado, mientras se sustancie el juicio, estará a disposición del juez y no de la policía ni del Poder Ejecutivo;

11.º La expulsión sólo puede ser decretada por los jueces federales, que son, constitucionalmente, los únicos jueces de la nación.

La reforma de la ley en este sentido le quitará todo lo que tiene de brutal, de violento, de odioso, de arbitrario. Y si hay extranjeros que no deben residir en el país, conviene que las causas que los hacen no deseables sean públicas y que esos habitantes, por el hecho de serlo de un país que consagra garantías pa-

NACIONALISMO Y ARGENTINIDAD

Señor Director de CLARÍN.

Me pide Vd., para el primer número de su periódico, una definición de lo que entiendo yo por nacionalismo y argentinidad. Tantas veces he dado esa definición, mi estimado amigo, que huelga la repodida, si de algo sirve el escribir las propias opiniones; y si esto de nada sirve, porque ciertas gentes no leen o tergiversan lo que leen, tampoco vale la pena de repetir para ellas la lección.

He dicho varias veces que el patriotismo no es sino el instinto de conservación biológica transformado en sentimiento de conservación social, lo mismo en la tribu que en la metrópoli; y he dicho también que el nacionalismo es aquel sentimiento patriótico evolucionado hacia la conciencia de una doctrina civil, impuesta por el estado actual de la civilización. El patriotismo crea un vínculo altruista del individuo con el grupo territorial, y el nacionalismo crea un vínculo altruista de la patria con la humanidad. El internacionalismo es el término de esa evolución, y hasta por implicancia etimológica, presupone nacionalidades coherentes dentro de tal asociación. El imperialismo no es el desenvolvimiento del nacionalismo, como pretenden algunos sociólogos del materialismo histórico sino su negación en las civilizaciones dinásticas. La hegemonía, que nace de una agresión, es la rotura de la armonía internacional. Por eso entiendo que el nacionalismo es la moral civil de las democracias actuales, consolidadas por el desenlace de la última guerra.

En la política interna de cada nación, el antagonismo puede plantearse según se quiera resolver sus problemas tomando la solidaridad nacional como norma, como lo hace el idealismo democrático, o tomando por norma la solidaridad obrera, como lo hace el socialismo materialista. Este último postulado deja en segundo término a la patria, o sencillamente la suprime, puesto que solo quiere la liberación económica de los asalariados de todo el mundo, y así determina una reacción especiosa, que consiste en defender el tipo actual de organización económica en nombre del patriotismo. Trátase, como se ve, del antagonismo de dos fuerzas ciegas: de dos instintos. En medio de ambos, como una tercera actitud, aparece el nacionalismo democrático, que es liberal y progresivo por esencia, en las democracias de origen revolucionario y de formación aluviónica como la nuestra.

En cuanto a la argentinidad sólo diré que es nuestro patriotismo espiritualizado por nuestro nacionalismo: el alcaloide de la conciencia argentina. Para definirlo es menester partir de nuestros orígenes, seguir nuestra historia y fijar el rumbo de

ra todos los que lo son, tengan el derecho primario de defensa.

Es lo menos que puede pedir un hombre, lo menos a que tiene derecho un hombre, hasta en el país de los matacos.

El otro asunto de importancia política es el censo.

La próxima nota parlamentaria me dará motivo para ocuparme en CLARÍN de la cuestión del censo detenidamente, y demostraré que la ley en tramitación no es otra cosa que la aplicación de la verdad social argentina a la formación de sus cuerpos políticos.

nuestro ideal, tal como lo expresaron en su esperanza los conductores de nuestro pueblo: estadistas, poetas, caudillos, maestros o pensadores. El sentido de argentinidad contiene así una parte de tradición, pero no es tradicionalista sino en su función estética; una parte de realidad, pero no es realista sino en su función pragmática; una parte de esperanza puesto que mueve y acerca hacia el arquetipo ideal de cultura que los maestros de nuestra civilización vienen desde hace un siglo formulando.

Una doctrina así concebida no puede prescindir de nuestra historia que es el sentido del tiempo; ni de nuestra geografía, que es el sentido del espacio; ni del ideal que tiende al porvenir y vive en la atmósfera universal de la civilización, aunque condicionado por las necesidades y posibilidades de nuestro propio ser colectivo. Y esa doctrina no puede dividirse a los argentinos sino por su grado de cultura, según consideren que nuestra civilización ha realizado ya todos sus ideales, y estos serán los conservadores en el más absoluto sentido de la palabra, y los que, pensando que debemos crear la unidad espiritual del pueblo argentino y tender hacia formas cada vez menos imperfectas de justicia social y de educación, sean forzosamente removedores de la actual. La cuestión de métodos en la acción, es un problema aparte. El problema previo es el de aquella definición filosófica.

Todo eso hállase extensamente analizado, fundado y estudiado en mis libros *La restauración nacionalista* (1909) y en *Blasón de Plata* (1910) y *La argentinidad* (1916), obras con que celebré nuestros dos centenarios, el de la revolución y el de la independencia, y finalmente en la *Profesión de fe de la nueva generación* (1919). Tales obras — que Vd. conoce — me eximen de citar cincuenta artículos y discursos, publicados casi todos en "*La Nación*", y en los cuales, durante quince años, he estudiado nuestro problema nacional, pues entiendo que su solución constituye la empresa de la generación nueva, incluyendo en ese problema todas las actividades sociales, desde el trabajo y la emigración hasta la educación y las bellas artes.

Acaso algunos espasmos de la actualidad justifiquen para Vd. su pedido; pero me halló con todo mi tiempo embargado por compromisos docentes y editoriales que me privan del vagar necesario para complacer sus deseos más extensamente, de suerte que los autorizo a transcribir de mis trabajos anteriores los pasajes más pertinentes al tema. Solamente debo indicarle que prefieran los citados libros a los simples artículos, por ser aque-

llos obra más fundamental y por haber dichos libros merecido la expresa adhesión de estadistas argentinas como Sáenz Peña y Ramos Mejía y de pensadores extranjeros como Rodó y Unamuno.

El programa que hace diez años formulé en *La Restauración Nacionalista*, continúa preocupándome.

Ahora mismo estoy viviendo en la atmósfera moral del tema que Vd. me propone. En la Facultad de Filosofía y Letras comento dos veces por semana la obra de Echeverría, a quien he dedicado mi curso de este año, y tengo en corrección las pruebas del tercer tomo de mi *Historia de la Literatura Argentina*, en el cual estudio el ciclo de nuestro ideal revolucionario, desde la aparición de Moreno hasta la muerte de Mitre. Esta labor es, en parte, la que me impide escribir un nuevo artículo.

Saluda a Vd. y a sus compañeros de ideal, deseándoles éxito en la noble empresa, o sea que la voz del CLARÍN sea "argentina", vale decir: clara y vibrante, como vibrada en metal nuestro, para que se oiga en todo el país, si es que algo puede oírse en el confuso rumor babélico de nuestro tiempo.

Ricardo ROJAS

Bs. As., Septiembre de 1919.

Nuestra crítica teatral

por José A. Oría

No es la crítica escénica nacional, sino la propia, la nuestra — como lo anuncia el encabezamiento — la que intenta delinear en estas consideraciones preliminares.

Reconocemos, por supuesto, otros derechos a la crítica que aquél de callarse — único que le discernía Víctor Hugo. Creemos que tiene la crítica, no sólo el derecho, sino el deber de hablar; el deber de ejercer esa función que su propio nombre involucra: el de juzgar.

Se ha dicho, y por boca de autores como Anatole France y Jules Lemaitre, que la crítica que juzga ha muerto y ha sido reemplazada por la que explica. ¿Qué es lo que se "explica", en esa nueva crítica? No es necesario ser muy perspicaz para afirmar que esa explicación no puede ser otra que la del juicio del mismo crítico...

Si con esto se ha entendido condenar la crítica dogmática y pontifical, se ha hecho perfectamente; si se ha querido excluir toda acción censoria, se ha cometido un grave error.

Sería, por lo demás, en los autores citados, un error poco duradero. Basta, para convencerse de ello, leer los juicios ejecutorios de Anatole France sobre Hermandad y Zola, de Lemaitre sobre Soullary, Rousseau, etc., y de ambos sobre Ohnet. ¿Pueden, acaso, aceptarse esas diatribas como desahogos personales de los escritores mencionados? De ninguna manera. Esos autores han ejercido, aunque negándola obstinadamente, una acción censoria y hasta de crítica punitiva, de estética judicial.

Lo que no significa que alentemos pretensiones dogmáticas ni preferencias estrechas. Apoyamos calurosamente la libertad en el arte; pero, entiéndase bien, dentro del arte. Repudiamos, en cambio, con todas nuestras fuerzas, esas libertades con el arte que han convertido, con tan escasas excepciones, a nuestro teatro nacional en un remedo, apenas adecentado, de la

pista circense originaria; y a sus proveedores, en su casi totalidad, en sastres pseudo-literarios que cortan para el actor Tal o la actriz Cual la pieza a medida que sostendrá pecuniariamente la temporada.

Tenemos, empero, la firme intención de no abusar de los privilegios e inmunidades acordados a la crítica; y no criticaremos despiadadamente a los hijos ajenos, por la fácil situación en que coloca a los cultivadores del género su habitual infundidad productiva.

Conservamos siempre presente aquella observación expuesta por Diderot en uno de sus diálogos: que la obra ligeramente juzgada, asfixiada entre un epigrama y una incompreensión, fué, probablemente,

concebida con lentitud y ejecutada con amor, en diez o cien veces más tiempo del que le dedican sus críticos.

Con todo, sin desconocer las intenciones transparentadas, nuestra crítica se atenderá necesariamente a los resultados.

Hay en nuestro teatro una acción de profilaxia intelectual, de policía moral que ejercer; en ese sentido, y con el respeto más profundo por los que nos preceden y acompañan en el empeño, iniciamos esta sección de CLARÍN. A quienes la encuentren, por momentos, excesivamente severa, les suplicamos mediten la admirable sentencia de Tácito: "No hay peores enemigos que los que siempre aprueban".

LAS CONFERENCIAS DE PI SUÑER

BREVES IMPRESIONES DE UN OYENTE

por Esteban Arroyuelo

SOMOS de los que, conociendo los méritos del ilustre profesor español, no le hemos perdido conferencia. Leemos a las seis de la tarde disertar Pi Suñer. Allá vamos. El amplio anfiteatro se llena completamente; la gran mayoría de la concurrencia está formada por profesores, médicos y estudiantes. Cuando llega el conferenciante es recibido con un espontáneo aplauso de simpatía.

Pi Suñer, por su físico, es lo menos parecido a lo que vulgarmente se considera como aspecto de sabio: no tiene lengua barba, no gasta lentes y el convencionalismo social le impide usar saco. Pi Suñer es un muchachón alto, rosadote, de claro y sereno mirar y sencillo ademán. Representa menos edad de la que tiene.

Habla con reposo, con cierta elegancia, con anstera elocuencia científica y, siempre, con entusiasmo. Conquista al auditorio desde el comienzo. Inmediatamente se advierte que domina por completo la ciencia que enseña y que no viene a repetir los tratados corrientes, sino a exponer trabajos originales y un concepto sintético y relativamente novedoso de la fisiología.

Domina en todas las conferencias del profesor hispano un pensamiento central, cual un luminoso hilo conductor: el concepto de la "unidad funcional" que desarrollara más sucintamente en el libro que lleva ese título.

El catedrático catalán ha demostrado las amplias correlaciones que se establecen entre todas las funciones, entre todas las formas y entre todas las formas y funciones; correlaciones que nacen más allá aún de la unidad celular, en la micelas, y que se van haciendo cada vez más complejas, a medida que se asciende en la escala filogenética, interviniendo los mecanismos químicos, los mecanismos neuroquímicos y, por último, los mecanismos nerviosos. Estos mecanismos facilitan la unidad más acabada, a pesar de la heterogeneidad de las funciones, de suerte que, a medida que éstas se diversifican, acrece la unidad, asegurada en especies más evolucionadas por el gran desarrollo del sistema nervioso. Demás está significar que Pi Suñer no ha descuidado el papel que juegan en todo esto las glándulas de secreción interna.

Ha insistido también, y muy especialmente, en poner de relieve cómo el reflejo y la sensibilidad tróficos—nociones fundamentales, bella y profundamente estudiadas por Turró—alientan en la base misma de todas nuestras funciones. Para las digestivas los trabajos de Pawlow sirven de piedra de toque. Para las

función circulatoria también existe bastante material acumulado. Para la respiratoria, Pi Suñer hace ver lo insuficiente de la explicación mecánica hasta ahora reinante, y con experimentos propios prueba que interviene un mecanismo regulador de naturaleza química. En la función renal repite la demostración, y en cuanto a la función glucémica descubre con



nuevos experimentos, hasta la fecha inéditos el "reflejo glucémico" y su adecuación perfecta a la función que sirve.

Se remonta luego a las funciones psíquicas y llega a las mismas conclusiones, y, con la escuela rusa de Betcherew y los trabajos de Turró, sostiene los postulados de la psicología objetiva y el origen trófico del conocimiento. Coronando su exposición, deja en el ánimo la certidumbre de que todos los órganos parecen ser un solo gran órgano y todas las funciones una sola gran función.

Por el pálido resumen que antecede, puede verse que Pi y Suñer no es de los que se ahogan en el detalle. Sabe elevarse del detalle a la contemplación del conjunto, a la zona de los principios generales e iluminar, a su vez, los detalles con nuevos y poderosos destellos.

Pi Suñer, además de analítico fino, es un espíritu sintético, esto es, filosófico y, eviden-

Para CLARÍN

Dice muy bien el fisiólogo rebelde de Nicolai, que es indudable para el biólogo que así como han desaparecido de la faz de la tierra — de los pueblos cultos hablamos — la antropofagia y la esclavitud, desaparecerá también la guerra. Si; progresa la humanidad y progresa muy rápidamente, mal que pese a los míopes de espíritu. Y el momento actual es un momento de "variación brusca". Acabarán las guerras y quien sabe si en este mismo siglo XX, una más justa organización económica terminará también con los residuos aun subsistentes de aquella esclavitud: los que se basan en la posibilidad de la acumulación individual de capitales y que colocan en indebida inferioridad el trabajo, el producto de la vida misma de la mayoría de los hombres.

G. Pi Suñer

temente, sobre ser un fisiólogo que honrará a la mejor universidad europea, es un biólogo, un filósofo naturalista.

Alto concepto teníamos de Pi Suñer, y ahora, oyéndole, ese concepto ha aumentado; lo mismo podemos decir del núcleo, reducido y heroico, que en España pugna abineadamente por enriquecer el caudal de las ciencias. Que mucho ha conseguido, lo dicen estos trabajos de Pi Suñer y lo dicen, sobre todo, la nominación universal de Ramón y Cajal y de Turró, glorias de la humanidad.

Por último, para completar estas breves impresiones, manifestamos que el investigador catalán, siendo hombre de ciencia, es además hombre de corazón al contemplar los problemas sociales. Por eso opina — como lo dijo en la recepción que le ofreció el "Ateneo Universitario" — que, tras el horrible drama de la guerra, será necesario que la humanidad dé un paso gigantesco — que sin la guerra hubiera costado siglos — y, gracias a una división más justa de la riqueza social, libre de explotadores y de parásitos, se transforme, de una vez por todas, a igual de los organismos biológicos, en una vasta y armónica unidad.

Café popular

UNA densa humareda de cigarros que se entra por los ojos y garganta. Un rumor sostenido de colmena y el chocar de billares y barajas.

Van los mozos, en alto sus prodigios de copas, de botellas y de tazas, apurados, diciendo en voz sonora y apenas comprensible, unas palabras.

Los horteras se atusan el bigote borrachos del primor de su corbata, y piensan, mientras hablan de política, en el tul que han vendido en la semana.

Al fondo del salón, casi esfumados, se adivinan un piano y una flauta, y saliendo debajo de unos rizados, con gran provocación, unas miradas.

Valentín MENDEZ CALZADA.

MIGUEL VILADRICH

por Francisco de Aparicio

TAN extemporáneo resulta para el vulgo este artista, que en su propio país se ha rodeado ya su nombre de cierta atmósfera de leyenda. Espíritu reconcentrado y profundamente subjetivo, háse apartado tan radicalmente de la vida de nuestra época, como de las modernas tendencias plásticas.

Comenzó su carrera por un obligado preámbulo de bohemia, que si tuvo también la infaltable nota parisina, dedicó casi por completo a peregrinar por los pueblos de la Península—en compañía del nunca suficientemente llorado Julio Antonio—estudiando amorosamente las joyas del arte antiguo español que de modo tan poderoso habían de influir en la obra de ambos artistas. Y como si temiera perder, al contacto de la civilización moderna, todo este espíritu medioeval que le habían infundido los viejos maestros, refugióse en Fraga, rincón escondido entre las tierras de Aragón y de Cataluña, donde la vida no ha cambiado de ritmo de varios siglos a esta parte. Ha podido así Viladrich sorprenderla, compenetrándose del carácter de un pueblo místico, ingenuo, primitivo y extraordinariamente fuerte, que el progreso ha dejado a la vera del camino.

Y es imprescindible recalcar esta circunstancia a aquellos que ven en el primitivismo de Viladrich — mucho más aparente que real — un producto de museo, una simple habilidad de imitación, antes que un temperamento vigoroso dotado de una sensibilidad personalísima que ha tenido la valentía de cultivar sinceramente, aun cuando ella chocara con las corrientes estéticas de su tiempo. Y es tal sinceridad, palmaria e incontrastable, la que ha sido puesta en duda por buen golpe de personas, y — fatalmente — por un crítico ya célebre debido a la estulticia siempre renovada de sus juicios.

Cabe señalar, además, que si Viladrich ha bebido con preferencia en fuentes clásicas, ha aprovechado no poco las enseñanzas de los maestros modernos. Si su obra se caracteriza, en cuanto al medio de expresión, por un realismo exajerado y minucioso que cuida con esmero la construcción y la calidad, y, en cuanto al sentimiento que la anima, por un ahoñe en la psicología individual hasta hacer un retrato de cada figura, verdad es, también, que en la armonía cromática, en la acertada composición, siempre tendiente a lo decorativo, en la transparencia limpia y vibrante de sus tonos, hay notoria influencia de las modernas conquistas de la pintura.

Y complácenos asimismo, por lo que ello tiene de enseñanza para muchos de nuestros compatriotas, consignar otra nota de relieve en esta personalidad tan interesante como compleja. Ella es que, mientras el artista ha ajustado el ritmo de su corazón a una época pretérita, su pensamiento sigue con atención los grandes problemas fundamentales de hoy, y la joven falange de intelectuales españoles que lucha por el advenimiento de una España mejor, le cuenta en sus filas. Toda la trascendencia social que nosotros atribuímos a estos forjadores de belleza que no se substraen a la lucha por el ideal colectivo, creemos haberla expresado claramente en las palabras con que ofrecimos al

ilustre huésped la demostración que el "Ateneo Universitario" organizara en su homenaje. Dijimos entonces:

No nos regocijamos solamente por compartir nuestra cena con un artista de extraordinario talento, universalmente re-



conocido. Es algo más, Viladrich, así como su compatriota Pí Suñer—que nos honra con su presencia— son para nosotros, dos genuinos representantes de esa España — todavía ideal — que queremos más como una hermana que como una madre,

OBREROS E INTELLECTUALES

EL GRUPO "CLARIDAD"

UN núcleo de grandes escritores y artistas han constituido en Francia el grupo denominado "Claridad". Han dispuesto también editar una revista que llevará el mismo nombre y que ha de difundir los nobles ideales que animan la labor en proyecto. Finalmente, confiaron a Henri Berbusse la difícil tarea de dar a conocer tal decisión, y el talentoso autor de "Le Feu" nos ha brindado en manifiesto admirable y profundo, un bellísimo programa de renovación espiritual.

Entregados los hombres al culto ciego y sanguinario de un odio inexplicable, después de haber devastado media Europa, arrastrados por la más increíble locura, se retiran de los campos de batalla, aterrorizados por la enormidad del crimen. Ha llegado, pues, la hora de reflexionar o, mejor dicho, de que la humanidad medite acerca de su porvenir. Ya no es posible que los pueblos sigan juzgados por la perfidia de fuerzas y principios egoístas, ni es admisible que, tras el terrible sacudimiento, permanezcan impasibles ante la reacción de los viejos valores morales y políticos.

Entreabre su misterio una nueva vida,

En el N.º 2 de CLARIN, que aparecerá el 1.º de octubre, colaboración de: Arturo Capdevila, José León Suárez, Roberto F. Giusti, Alfredo Colmo, Mario Bravo, José A. Oria, José Gabriel, etc.

porque ella ha de nacer — según todo hace presumir — sinceramente con una Argentina mejor, para cuyo alumbramiento hemos empeñado ya todo el pujante entusiasmo de nuestra virilidad juvenil.

Tiempo hace que eso del "troneo de la raza" suena en nuestros oídos como una metáfora cursi y gastada. Triste espectáculo el que el tal troneo nos ofrece, detenido en su desarrollo natural por una parasitaria corteza de injusticias y de privilegios que, en funesta colaboración, urdieran el despotismo y la ignorancia.

Si nos interesa su suerte, como la nuestra propia, es porque sabemos que en su interior alienta rico venero de savia nueva.

Todo el desprecio que esa corteza pútrida y claudicante nos merece, truécase en profunda admiración hacia los que se han impuesto la impropia tarea de renovar la planta, ya golpeen ellos la parte enferma con la eficacia de un Unamuno, ya cuelguen de los retoños nuevos manzanas de oro, como Zuloaga, o se esfuerzen por ahondar sus raíces, adentrándose hasta las más ricas napas de la tradición, con tanto éxito y entusiasmo como el malogrado Julio Antonio o nuestro invitado de esta noche.

Por rara coincidencia son nuestros huéspedes, en esta hora, dos representantes destacados del arte y de la ciencia de la España nueva y, tan alta es para nosotros su investidura, que, de estar con ellos un representante del proletariado hispano, hubiéramos podido decir que España misma nos visitaba."

La misión sagrada de los grandes hombres está en orientar a las masas populares hacia una humanidad menos esclava de la mentira y menos crédula en la inmutabilidad de sentimientos estrechos y peligrosos. En líneas generales, eso es a lo que aspiran con fe y amor, los hombres que componen el grupo "Claridad".

Ha terminado la época en que la indiferencia por los problemas sociales era signo evidente de buen gusto y refinamiento intelectual. Ante la posibilidad de una sociedad más justa, ceden su individualismo y olvidan su aislamiento los que sienten correr por sus venas la generosa impaciencia de ser más libres, o anhelan abstraer a los oprimidos de la humillante esclavitud que impone la miseria. Y, hoy más que nunca, urge que los pintores, escultores, literatos, etc., sin abdicar nada de su independencia de pensamiento, de su personalidad literaria, de sus temperamentos artísticos magníficamente diversos... se agrupen para defender y luchar por lo que entraña la suprema aspiración de los que tienen un hondo concepto de la vida: la emancipación del pueblo trabajador.

El grupo "Claridad" no lo forma gente de pluma desprovista de una visión exacta de la realidad social. No son vulgares soñadores. En su mayoría han surgido de las clases humildes y atormentadas, han desfilado por las trincheras pantanosas, han visto la muerte cara a cara, han sufrido hambre y sed y han ex-

perimentado la indecible angustia de ver caer para siempre, sorprendidos por la metralla, hombres jóvenes, robustos, inteligentes, en cuyos pechos jamás anidó el odio, y que han muerto engañados miserablemente por los que urdieron la complicada trama de la gran tragedia. Figuran en el grupo los escritores que mejor nos han transmitido el espanto de la matanza, los que han ido a lo más hondo de la conciencia ciudadana, los que, sin gestos heroicos ni patriotismo hueco, han dibujado con firmeza los cuadros más reales y humanos de la guerra. Los que no han tenido palabras de odio para el enemigo, porque han entendido que, bajo el disfraz militar y la disciplina embrutecedora, latía un corazón sensible al amor y al dolor.

Esos hombres buenos que no mancharon sus labios con palabras de exterminio, ni vendieron sus plumas, ni claudicaron de sus ensueños de perfección, esos hombres, son los que hoy renuevan en Francia, con su acción y sus ideales, los grandes días en que la patria de Hugo dictaba al mundo las normas generales de una humanidad libre y justa. Esos hombres, agrupados bajo un título que es un verdadero símbolo, "creen que la causa de las más nobles ideas morales se encarna en la de todos los oprimidos, de todos los desheredados... Creen que todos los progresos, como todos los abusos, forman una cadena, se determinan sin fin unos a otros y que ver lejos, es ver justo. No temen encarar los acontecimientos o las ideas para controlarlos, para dirigirlos hasta sus consecuencias extremas; no temen las osadías de la razón ni la violencia de la verdad."

Los intelectuales franceses se unen. Se unen para ir hacia el pueblo, movidos por un impulso superior de educación colectiva. Quieren llevar su palabra, su emoción de artistas, sus reflexiones, su experiencia y su belleza para sembrar en las masas los principios eternos de justicia y de amor. Ansían con locura un mundo nuevo y para ello abandonaron, los unos, sus mesas de trabajo y, los otros, el sosiego de su taller, para ir "hacia las multitudes vivientes, para alentarlas, instruir las, defenderlas y unir las; para construir un porvenir mejor, con ellas y mediante ellas".

Las fuerzas ocultas y reaccionarias han aprovechado el huracán guerrero para reconquistar un terreno que habían perdido ante el avance de los nuevos conceptos de organización social. Al amparo de la patria, de la bandera y de un nacionalismo feroz, han intentado llevar el ataque a su irreconciliable enemigo: el progreso. Terminada la guerra, persisten en rehacer un pasado que ha muerto para siempre. Unidos, no cejan en el propósito de mantenerse en el poder para seguir imponiendo sus privilegios. Y esto no ocurre solamente en Francia, sino en el mundo entero.

Por la lucha se les presenta difícil. El proletariado ha alcanzado la suficiente capacidad como para impedir el imperio de un "orden" social contrario a sus intereses, que, en definitiva, son los de la enorme mayoría. Y si ayer no fueron muchos los intelectuales que lo acompañaron en la cruzada, hoy tendrá a su lado las energías más sanas y fecundas, los talentos más robustos y las plumas más expertas. Hoy en Francia el grupo "Claridad" afirma con ellos el siguiente pen-

samiento, tan hermoso como valiente: "Honra a su país aquel que grita que la causa de los sufrimientos y de los sacrificados no se encierra en las líneas geográficas y que la verdad no tiene límites. La justicia no se equivoca en ninguna parte, y el ideal se embellece ensanchándose". La misión que se ha propuesto el grupo recién organizado, abrirá vías de luz, infundiéndolo en el pueblo un sentido más noble y elevado de la vida.

En Francia hay un grupo de hombres buenos que se denomina "Claridad". Sírvanos de alto ejemplo su acción e imitemos su obra.

PIKRONIOS.

Del interior

EN CORDOBA

El obrerismo de los políticos.

LA legislatura ha sancionado sin discusión una ley que establece la jornada de ocho horas para los trabajadores de la provincia. Los largos debates a que, por lo común, han dado lugar en todas partes los proyectos relacionados con la legislación constructiva, no han agitado los serenos espíritus de nuestros políticos. Los demócratas, los radicales y los independientes, siempre dispuestos a las disputas acaloradas y a los reproches subidos de tono, han coincidido en la necesidad de dictar esta ley de protección obrera.

Llama por cierto la atención la facilidad con que han creado una institución teóricamente destinada a atenuar los rigores del régimen capitalista, los propios representantes de los intereses creados; pero lo que importa ahora es saber si se preocuparán de hacerla cumplir... Cualquiera se pregunta si no será esta una nueva forma de la propaganda eleccionaria. Porque la uniformidad de criterio que ha revelado la votación del proyecto, en vísperas de las elecciones de diputados nacionales, sugiere más de una sospecha. De no ser así, se podría pensar que la democracia parlamentaria y el voto secreto tienen virtudes inesperadas...

Un fallo.

El juez de cuarta nominación en lo civil, de esta capital, ha dictado un fallo singular. Un peón de campo demandó a su patrón por el pago de más de veinte meses de servicios prestados en un tambo. El demandado se limitó a afirmar que había pagado el salario que pretendía cobrarse. Produce la prueba, entre la que se encuentran testimonios según los cuales el patrón no abonaba nunca el exiguo sueldo de sus trabajadores, el juez dictó sentencia declarando que, aun cuando era cierto todo el contenido de la demanda, correspondía desestimarla a mérito de la afirmación del demandado. En su concepto, en todo caso semejante al dilucidado es necesario estar a la palabra del patrón por ser más fidedigna y calificada que la del obrero a su servicio.

Clarín

REVISTA QUINCENAL EDITADA POR EL ATENEO UNIVERSITARIO
Aparece los días 1.º y 15 de cada mes.
Suscripción semestral: \$ 1 mjn. Número suelto: 10 cts.
(No se atienden pedidos que no vengán acompañados del importe correspondiente).
Redacción y Administración: MAIPU 126, Buenos-Aires

Esta sentencia, en la que campea con sugestivos relieves el pretérito criterio legal dominante en la época en que había señores y siervos, es una verdadera resurrección. Fruto tardío de la casa de Trejo, madura en pleno régimen de democracia republicana.

Recibirá, tal vez, el merecido correctivo dentro de los recursos de la propia organización judicial, pero no por ello dejará de quedar lesionado nuestro derecho, no precisamente el escrito, sino el que informa en más alto grado la conciencia jurídica de nuestro pueblo. Que tal es el efecto de estas reviviscencias favorecidas por quienes, si están al servicio de un juzgado, no están al servicio de nuestro ideal de justicia.

Convención georgista.

En los primeros días de este mes reunióse la primera convención georgista argentina.

El debate se ha mantenido a una altura apreciable. Sus conclusiones revelan un criterio ponderado en los delegados; servirán para fijar rumbos al desarrollo de la doctrina de George en nuestro país.

Fabricio NUÑEZ.

Por las exposiciones

Jorge Bermúdez

LA obra expuesta recientemente por este pintor en la Casa Müller, planta un jalón en su carrera artística que señala, en forma precisa y terminante, una nueva etapa de su producción.

En efecto: la labor realizada en estos últimos dos años marca para Bermúdez el final de un período de costosa asimilación, y el comienzo de otro en que su personalidad se desarrolla libremente al impulso de su propio sentimiento, siguiendo siempre, empero, dentro de la misma corriente en que se iniciara.

En las telas que nos trae del norte y del oeste del país, vemos tipos y escenas genuinamente nuestros, interpretados por un espíritu también argentino. Muy lejos ya, intelectualmente, de aquella época, bien cercana por cierto, en que un discípulo de Zuloaga oficiaba de "espectador" en la región andina.

Y nos complace sobremedida aplaudir este doble adelanto realizado por Bermúdez: la íntima comprensión del medio que le hiciera alcanzar sorprendentes aciertos de interpretación y, por otra parte, su completo dominio de la técnica, que le ha permitido traducirlo plásticamente con extraordinaria eficacia.

Así ha llegado a realizar obra "nacional" en el verdadero sentido de la palabra, es decir, por el espíritu que la anima, nunca por el tema desarrollado, como comúnmente se pretende entre nosotros resolver este zarandeado problema del nacionalismo en el arte.

Si bien es cierto que hay en la muestra que nos ocupa telas de importancia secundaria, entre las cuales nos apresuramos a colocar los paisajes, obras que el autor no ha logrado resolver—y que dan la sensación de una fruta, cortada a medio madurar—, y también los retratos que no están a la altura de sus cuadros de ambiente regional, la calidad de estos últimos es tan superior que sobra para compensar todas las deficiencias que pudieran ser anotadas en el resto de la presente cosecha.

Y si ello no fuera así, bastaría esa tela estupefacta "El chico del Huaco"—que nace destinada a hacerse clásica dentro de su ambiente— capaz, por sí sola, de imponer el nombre de su autor y aún de servir como exponente de la cultura del pueblo en que surgiera.

Martín CRUZ.

Los libros

Las lenguas de diamante, de Juana de Ibarbourou.

HACE ya tiempo que los lectores cultos, tanto argentinos como uruguayos, conocen a esta joven y original poetisa. Este libro, pues, es una simple recopilación de lo que se ha venido publicando en diarios y revistas. De ahí que nada nuevo nos revele y, por tanto, cambie el juicio que de Juana de Ibarbourou nos habíamos formado. Por él, a todo más, se puede avalorar el conjunto de su rica capacidad poética.

Como su antecesora Delmira Agustini, canta el amor sin los hipócritas escrúpulos de la moral al uso. Su espíritu helénico y un tanto oriental no se recata ante el vano prejuicio. Y esta es precisamente su característica.

Le ofrece a su amado su cuerpo y su alma con el "puro impudor" de las flores o de las estrellas; con el impudor de todas esas cosas "que no sienten vergüenza del sexo sin celajes y a quien nadie osara fabricarles ropajes".

Pero aparte ese sentimiento estético del amor, tan hermano del de Alfonsina Storni y del de Gabriela Mistral, el libro de Juana de Ibarbourou posee una rara cualidad: la de su optimismo.

Guerra Junqueiro, a quien tanto gusta la poesía de los que escriben después de comer bien o de dormir bien, diría que los versos de "Las lenguas de diamante" parecen "estudiantes en vacaciones".

En efecto: todo el libro trasciende a juventud, a sana alegría de vivir. Una alegría que, aún después de apagada para siempre, desea estar

"junto al riente alboroto divino de alguna pajarera o junto a la encantada charla de alguna fuente".

Esto en las apariencias. En el fondo, Juana de Ibarbourou es terriblemente escéptica. Si nos dice que es joven y morena, que ama o que ríe mucho, es para recordarnos que toda ella es miserable ceniza; que pronto el vaso de cristal que contiene su risa estará roto en la grieta obstinada de sus labios cerrados...

Yo no podría asegurar si en Juana de Ibarbourou reside el espíritu de una cortesana o

el de una de esas religiosas a quienes la Edad Media hacía purgar con el fuego su exagerado amor a Jesucristo.

Abundan en la obra los metros rebuscados y de efecto musical. El título mismo, es un caso de esa "metafísica poética" relegada hoy a los dominios de los poetas sumamente inferiores.

En fin, como ya he dicho, este tomo editado por la "Cooperativa" no hace sino confirmar el concepto que sobre la exquisita sensibilidad de Juana de Ibarbourou nos habíamos formado hace tiempo. Por lo demás, nadie ignora ya, para gloria de las letras rioplatenses, que esta poetisa figura dignamente entre el reducidísimo número de los consagrados.

Augusto ROCAMORA.

Libro contra Wagner, de Mariano G. Bosch.

Sólo por compromiso hacia CLARIN, he podido leer hasta el final el repugnante panfleto que así se titula. Podría definirse como la crítica del teatro lírico hecha por un acomodador, y aún así sería injurioso para estos trabajadores. Wagner es culpable, sostiene, de haber aburrido a la gente de la platea (que da propinas), haciendo música en vez de escribir gorgoritos para tenor, que son tan divertidos. Y en alguna parte dice que "la gloria de la Grisi, la Pasta, la Bassi-Manna, etc., llena el mundo". Es, como se ve, un mundo de acomodador que se llena con suma facilidad.

Absolutamente imposible me resulta dar en pocas líneas una idea, aunque somera, de la pequeñez de criterio, pobreza espiritual y estupididad a la encísima potencia que, traducidas en un estilo bárbaro y soez, han tomado aquí la forma de libro. El lector queda anonadado por el conjunto innoble, como Hércules delante de los establos del rey Augias. Eso no llega a Wagner, como no podría llegar a un grande hombre el libro que contra él escribiera un mucamo despedido.

Sólo resta lamentar la aparición de este volumen, que no es posible siquiera registrar entre la literatura crítica de nuestro país. Constituye una excepción que convendría fuese única, tanto más deplorable cuando se piensa que para suministrar el papel en que se ha impreso, habrá sido menester derribar un pino...

Leopoldo HURTADO.

Muy de actualidad

El público bien vestido que compone el abono del Odeón, acaba de aplaudir una obra del ingenioso Oscar Wilde, en que satiriza las costumbres de eso que se llama "la alta sociedad". Nada mejor entonces — dada la excelente fortuna de aquella producción — que recoger en CLARIN una frase de "El abanico de Lady Windermere", para ofrecérsela, gentilmente, como tema de meditación a buena parte de la juventud argentina, tan afectada, por desgracia, a aparentar un liberalismo... casi reaccionario.

Veamos.

En el segundo acto, una dama refiriéndose a cierto jovencuelo diez y burlón, dice:

"Me interesa su carrera política y estoy segura de que obtendrá grandes éxitos... Piensa como un conservador y se expresa como un radical..."

Es que nadie ignora que — en Europa — los conservadores y los radicales no tienen, ante los problemas de más trascendencia social, una misma postura... Allí — en Europa — ser radical es, cabalmente, lo contrario de ser conservador...

Sin alusión.

HARICOT

PUBLICIDAD
LUMINOSA
ANIMADA.

AFFICHES
PERGAMINOS, Etc.

Florida y Corrientes

Escritorio 252, 2.º piso

Bolsa de Comercio

COOPERATIVA ARTISTICA

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858, AV.



Materiales finos para artistas
Grabados, Aguafuertes y modelos.

Artículos generales para
Ingenieros, Arquitectos y Dibujantes.

Copía de planos.

Marcos de estilo.

Compañías Argentinas de Seguros

LA ESTRELLA

1865

Y AMÉRICA

473-SAN MARTIN-475

Seguros contra Incendios, Fluviales y Marítimos

ESTUDIO de los doctores

Alfredo L. Palacios

y

Carlos N. Caminos

VIAMONTE 1533

U. T. JUNCAL 4901